

CULTURA Y OCIO

DE LIBROS

● Lalla Romano reconstruye en 'La penumbra que hemos atravesado' su propio pasado y el de la Italia ceremoniosa y rural del mundo de sus padres

Reconstrucción de un crimen



La escritora Lalla Romano (Demonte, 1906-Milán, 2001).

LA PENUMBRA QUE HEMOS ATRAVESADO

Lalla Romano. Trad. Natalia Zarco. Periférica. Cáceres, 2019. 288 páginas. 19 euros

Manuel Gregorio González

Esta obra de Romano, cuya naturaleza memorística resulta obvia, nos lleva, sin embargo, a preguntarnos sobre la presencia de la memoria en la literatura italiana. "Quien no ha conocido la Francia anterior a la Revolución —escribe Talleyrand, obispo de Autun—, no conoce la dulzura de vivir". Ese es el tenor de la presente obra, tan concisa como bella, donde no falta, sin embargo, una púdica amargura. ¿Existe en la Italia del XIX

XX, la Italia de Fogazzaro, de Leopardi, de Lampedusa, de Sciacia, de Mario Praz, la Italia de Romano que ahora reseñamos...; existió una mayor atención al paso del tiempo, a su incuria, a su irreflexión, que en el resto de las literaturas europeas? Y si es así, ¿guarda alguna relación con el proceso de unificación italiano, con la dramática cesura que supuso?

En estas páginas de Romano, cuyo fondo es la inminencia de la Gran Guerra, se observa una acusada conciencia del cambio: cambio en las costumbres, en la indumentaria, en el transporte, en los habitantes del pueblo donde nació la narradora, en la propia casa de su infancia. Una infancia que transcurre apenas medio siglo des-

pués de la unificación de Italia y donde la burguesía, tan acerbamente retratada por Balzac y Flaubert, cobra aquí un relieve, una ligereza, una modesta solemnidad, impensable en la literatura francesa. En cierto modo, en estas páginas asistimos al modernización de un país —y al elogio de su modernidad— mediante la implantación de un Estado y de sus cuadros medios. Es decir, vemos todo lo que



falta en Lampedusa y lo que aún es mera formulación en Leopardi. Esa confianza en el Estado —creación ciclópea, la encontramos todavía, incluso, en

Camilleri y en el Sciacia que escribe *El caso Moro*. Chastel, en *El saco de Roma*, recordaba que tras la devastación de la Ciudad Eterna, hubo una generación de artistas que no volvieron a ser como antes. Y pone de ejemplo, entre otros, a un afligido Sebastiano del Piombo. Esta huella de lo temporal, deslizada hacia lo artístico, es lo que acaso se pueda rastrear aquí, referido a la Italia del Risorgimento. De hecho, es al modo de una prosecución de huellas como Romano escribe este libro fragmentado —no fragmentario—, de donde surge, luminosamente, la figura de sus padres y cuanto ellos significaron, como clase media "ilustrada" en un pequeño pueblo levítico.

Esta técnica, usada ya muy ante-

riormente por Ruskin y por Proust —la técnica del indicio como vía para reconstruir, no sólo un objeto, sino el mundo que lo hizo posible—, esta técnica inductiva, repito, es la que utiliza Romano, no para vivificar lo muerto o lo marchito, sino para constatar su irremisible estado. He aquí, probablemente, la más destacada singularidad de esta novela, sugerida ya en el título: La penumbra que hemos atravesado. La púdica nostalgia que encierran sus páginas es, apenas, la necesaria para brujar el contorno de unos progenitores, con afectuoso e irónico recuerdo. Recordemos también que esta técnica indicaria —señalada por Ginzburg—, es la que empleará Morrelli en su crítica de Arte, y de la que Freud se apropiará para interpretar nuestros sueños.

¿Qué es lo que reconstruye, pues, Lalla Romano, con cálida precisión, en *La penumbra que hemos atravesado*? Al margen de lo anterior (la efervescencia de la clase media y la vivacidad del mundo que se dirigió, sin ser consciente de ello, a la carnicería de la Gran Guerra), al margen de este mundo, breve pero "infestado" ya por el germen de lo marinetiano, lo que aquí se ofrece es el "cadáver" de su propia vida; o por mejor decir, los restos físicos de su felicidad pasada. Una felicidad, que se vincula convencionalmente con la infancia, pero cuya reconstrucción no ofrece los vagos desvanecimientos de la memoria que anublan y lirifican nuestros recuerdos.

Entre estos recuerdos —volvamos, para terminar, a Freud— no se encuentra ninguno de índole sexual. Es decir, que este ejercicio memorístico viene atravesado por esa curiosidad universal y ecuménica del niño, antes de que el misterio urgente y abrasivo del sexo lo retraiga sobre sí mismo y deforme, tiránicamente, su percepción del mundo. Es en esa etapa de claridad pueril donde Romano ha querido situar a su personaje. Podríamos decir que es el mundo previo a la "Caída". Pero es, más sencillamente, el mundo en toda su anchura, en su acogedora profundidad, en su inagotable y alto misterio, lo que aquí se nos muestra.

LOS SUEÑOS DE EINSTEIN

Alan Lightman. Trad. Andrés Barba. Asterode. Barcelona, 2019. 152 páginas. 18 euros

Ignacio F. Garmendia

Desde los filósofos presocráticos y desde el poeta Lucrecio, el gigante que transmitió en hexámetros inmortales las enseñanzas del maestro Epicuro, sabemos que los vértigos del átomo y las paradojas del tiempo son un terreno fértil para la siembra de la literatura perdurable. *Los sueños de Einstein* (1993) podría inscribirse en esa tradición a la que el narrador y científico Alan Lightman aporta

una delicada mezcla de especulación y puro amor a las cosas, a las gentes de todas las edades y condiciones, desmintiendo el tópico que atribuye a los hombres de ciencia una mirada fría y aséptica sobre los fenómenos de este mundo. Que ya sabemos que no es el único de los posibles. De esto, precisamente, de la variedad de mundos que cabe imaginar, si jugamos con el concepto del tiempo, trata este delicioso libro de Lightman donde el autor recurre a la figura

histórica del padre de la teoría de la relatividad —"un joven de veintiséis años", empleado en la oficina de patentes de Berna— para atribuirle una serie de ensañaciones que recuerdan los cuentos metafísicos de Borges o de Calvino, fantásticos o surrealizantes y a veces muy líricos, con cierto



aire costumbrista que le da al conjunto una calidez especial. El resultado podría responder a lo que llamamos alta divulgación, pero tanto la calidad de la escritura como la originalidad del planteamiento permiten hablar de verdadera poesía de la ciencia.

Los sueños de Einstein en noches sucesivas aparecen acotados por las noticias de contexto que ofrecen el prólogo, el epílogo y los *interludios*, Suiza, la primavera de 1905, el hermoso paisaje alpino, el río

Aar, el buen amigo Besso, la esposa Mileva, las investigaciones que lo tienen abstraído, absorto en su trabajo visionario. Desde la primera noche, una variación del mito del eterno retorno, los viajes recrean con brillantez, ternura e ironía las consecuencias que se derivarían de la ruptura de la linealidad en decenas de improbables escenarios donde no habría más que presente o podríamos desplazarnos al pasado o al futuro o viviríamos suspendidos o eternamente. En el tiempo, escribe Lightman, hay una infinidad de mundos. Conmueve el retrato del modesto genio de provincias que abrió la puerta a tantas realidades insospechadas.



PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PressReader.com +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW